

yo era muy pequeña. Recuerdo lo agitado que estaba. Calcula tú, se tocaba á su nombre. Y esas cobardías han continuado hasta después que los jueces pronunciaron una sentencia que enaltecía su probidad seguramente... Felizmente él lo ignora.

Era tan conmovedora esta protesta apasionada, tan sincera la ilusión en que vivía la generosa niña, que Alba le apretó la mano tiernamente. No hablaron más de aquel doloroso asunto, por haber encontrado casi en seguida en una tienda de la Plaza de España á la señorita de compañía que debía servirles de rodrigón. Pero todas las palabras, todos los gestos, todas las miradas de la Condesita durante el paseo, fueron caricias, por la pena que sentía su amiga, su hermana en el destino, más dichosa que ella, puesto que la hora de la desconfianza no había sonado aún. Cuando se encontró por la noche con Dorsenne, que comía de nuevo en casa de la señora Steno, le llamó aparte, para referirle aquella escena trágica, y preguntarle:

—¿Conocía usted ese libro?

—Hoy—dijo el escritor,—Montfanón, al que al fin he podido encontrar, acaba de comprar uno de los dos ejemplares que Ribalta ha recibido últimamente. El viejo conjurado lo cree todo cuando se trata de Hafner. Yo soy más escéptico, tanto en el mal como en el bien. No hay allí más que la relación del proceso que me haya producido impresión, pues se trata de hechos reales, y la sentencia. ¡Ah! ¡qué sentencia! Preciso es confesar que leyéndola, se considera uno feliz de no ser hijo de tal padre.

—¿Y sin embargo, ha sido absuelto?

—Sí—respondió Dorsenne,—pero no por eso ha quedado menos deshonorado. Según lo que he comprendido de esta tenebrosa historia, él había obtenido para su "Crédito Austro-Dálmate," la concesión de un camino de hierro de bastante importancia. Cómo el Barón y sus amigos han elevado los títulos de doscientos veinticinco francos á quinientos, á setecientos, á mil, es cosa que no sé explicar, ni cómo se produjo el desastre en toda la línea. Es la historia de innumerables empresas que no resultan más que para provecho de gentes de la clase de Hafner. Lo que es un hecho es que él mismo ha producido el alza y la baja. No me pregunte usted el procedimiento. No entiendo nada de Bolsa. Esto está mal, tratándose de un novelista que quiere pintar el mundo moderno. He debido ir al Bolsín por espacio de dos ó tres meses. En fin, lo cierto es que nuestro amigo ha robado una suma enorme, y por un cabello no ha sido cogido. El cabello ha faltado ó por lo menos el señor Justu— ¡qué epigrama mejor que esta palabra!—ha pagado para que no se viera y los obligacionistas no han podido conseguir que le condenaran.

—En fin, ¿para usted es claro que, según ese proceso, es un ladrón?—interrumpió Alba.

—Claro como su nombre de usted, Condesita—respondió Dorsenne,—sí robar es saquear al prójimo, escapando á la justicia. Pero esto sería lo de menos. El punto siniestro en este asunto es el suicidio de un tal Schroeder, un burgués de Viena, que conocía nuestro Barón íntimamente, y que aconsejado por su excelente amigo, había colocado toda su fortuna, trescientos mil florines, en este negocio. Los perdió y se



murió de desesperación, y con él su mujer y sus tres hijos. En la Audiencia se leyó una carta de este hombre á Justus Hafner. ¡Oh! ¡Qué carta!

—¡Dios mío!—dijo Alba, juntando las manos.—  
¡Y Fanny hubiera leído esa carta en el libro!...

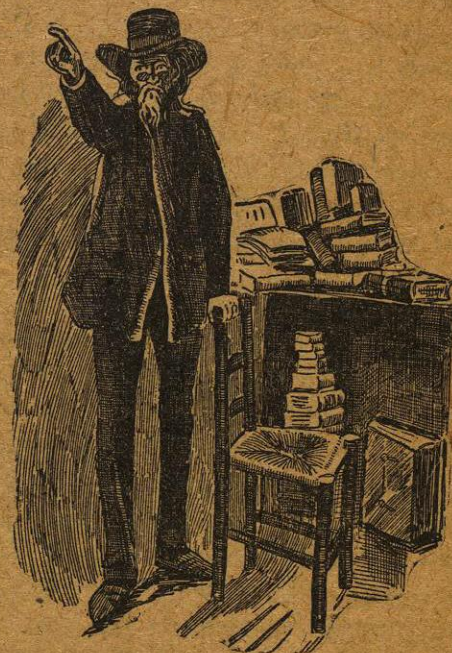
—Sí—respondió Julián,—y todo lo demás, con pruebas en su apoyo. Pero tranquilícese usted, no tendrá el libro. Mañana pasaré por casa de ese anarquista de Ribalta, y compraré ese último ejemplar si ya no lo ha hecho Hafner. En circunstancias ordinarias éste se reiría del caso, pero en las actuales debe evitar todo lo que dé lugar á alguna crónica sobre esta página tan poco brillante de su vida. Las manifestaciones del hermano de Schroeder, recuerdo ahora, son todavía más terribles que la carta.

A pesar de sus afectaciones continuas de ironía y de su egoísmo intelectual, Julián no dudaba nunca cuando tenía que prestar algún servicio. No engañó, pues, á su amiga, prometiéndole comprar la peligrosa obra, y á la mañana siguiente se dirigió á la tienda de la calle de Borgoña, llevando los veinte luisés que por aquélla pedía el librero. Quedó consternado cuando este último le dijo:

—Es tarde, señor Dorsenne. La señorita ha venido ayer por la tarde. Parecía importarle poco el libro... por regatear sin duda. Pero ha tenido que pagar su verdadero precio. Al padre le hubiera pedido más. A una joven se la deben consideraciones.

—¡Desgraciado!—exclamó el novelista.—¡Y se burla usted, después de haber cometido esa acción de Judas! ¡Mostrar á una joven las faltas de su padre, que ella ignora! Jamás, ¿entiende usted? jamás ni

Montfanón ni yo pondremos los pies en su casa de usted, ni monseñor Guerillot, ni ninguna de las personas que conozco. Contaré á todo el mundo la infamia de usted, la escribiré, y aparecerá en todos los periódicos de Roma. Le arruinaré á usted, le obligaré á cerrar esta inmunda tienda.



—¡Paciencia! ¡Paciencia!—respondió el viejo sin incomodarse.—Usted reclamará algún día la protección de Ribalta si se encuentra usted aquí cuando se haga la gran liquidación de los capitalistas. ¡Y sentirá usted entonces ese acceso de furia! Vaya usted—continuó, con un odio que indicaba lo poco que se



arrepentía de su horrible venta.—Nada he enseñado á la hija del tudesco; y aunque por mí lo hubiera sabido todo, ¿no sería justo? Yo también he leído ese libro. Las dos niñas Schroeder que han muerto por culpa de ese Hafner, ¿eran menos inocentes que la hija de éste? ¿Y tantas otras jóvenes que han llegado á ser prostitutas porque sus padres han perdido sus fortunas, siempre por culpa de ese señor? A la guillotina es donde yo enviaría á los dos, al padre y á la hija, como se hubiera hecho el 93. ¡He aquí los hombres! ¡Vaya una época!... Pero, ¡paciencia! ¡paciencia! Esto comenzará, ¡y bien!... Y entretanto, lo cierto es que este vendedor de libracos ha podido malquistar al padre y á la hija... Esto es un hecho... ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Eh!...

Fuése Dorsenne sin responderle, horrorizado ante aquella explosión de bárbara alegría. Ribalta acababa de aparecersele como la encarnación de lo que más odiaba en su cualidad de intelectual apasionado: el revolucionario moderno, que no tiene más que un programa, destruir. El, que había tomado como divisa en política la frase de Goethe impidiendo la ejecución popular de un ladrón durante el sitio de Mayence: "Prefiero la injusticia al desorden," se hubiera, en otras circunstancias, encogido de hombros ante las declamaciones del garibaldino. Pero entonces aquel hombre, instrumento ciego de una justicia vengadora, le llenó de espanto. Recordó las burlonas frases que había pronunciado el día antes respecto á la Providencia, y se estremeció al notar aquel rayo que rasgaba el cielo azul de la dicha de Hafner; ¡aquella denuncia de su pasado á su hija en tal momento y por

una vía tan torcida y tan natural á la vez! Recordó un versículo de la Biblia, que Montfanón citaba sin cesar en sus interminables discusiones sobre las razas: "Propter peccata patrum illi affigentur." Las faltas de los padres caerán sobre los hijos. Si Fanny había leído el libro, como era de esperar, debía atravesar en aquel momento con la misma aguda crisis de turbación horrible que Alba había sentido la tarde en que recibió el anónimo. Durante todo el día, Dorsenne procuró vanamente sacudir el peso de melancolía que aquella visita al miserable de la calle Borgoñona le había dejado en el corazón. El pensamiento del golpe que Fanny habría recibido le llenaba de compasión, y al mismo tiempo comprendía que este disgusto vendría sobre Alba. La sensación de una común miseria, ¿iba á exaltar, iba á dulcificar la desgracia de las dos jóvenes? Así es que, al franquear á las nueve los umbrales de la villa Steno, para dar cuenta de su misión á la Condesita, estaba emocionado. No había allí nadie más que los Maitland y dos viajeros de paso en Roma, dos diplomáticos ingleses en camino para un punto del Extremo Oriente.

—Le esperaba á usted—dijo Alba á su amigo, tan pronto como pudo hablarle en un ángulo del salón.—Tengo necesidad de que usted me aconseje. Ayer tarde ha habido en casa de los Hafner un incidente trágico.

—Debía ser así—respondió Dorsenne.—Fanny ha comprado el libro de Ribalta.

—¡Ha comprado el libro!—dijo Alba temblando.—¡Ah desgraciada! No le bastaba lo otro...

—¿Pues qué más ha sucedido?—preguntó Julián.



—Recordará usted que yo le he hablado de ese equívoco Noé Ancona, ese agente de negocios que ha servido de testafarro á Hafner para la venta del palacio de Ardea y forzar así el matrimonio. Pues bien: parece que ese personaje no ha creído suficientemente pagada su complicidad. Ha reclamado al Barón una fuerte suma, una comandita para fundar alguna gran casa de robo, y el Barón ha rehusado. El otro lo ha amenazado con contar lo sucedido á Ardea, y ha cumplido su amenaza.

—¿Y Pepino se ha indignado?—dijo Dorsenne moviendo la cabeza.—No lo creo.

—Indignado ó no—respondió Alba,—ha ido ayer tarde al palacio Savorelli, para hacer á su futuro suegro una escena terrible.

—Y obtener un aumento de dote—interrumpió el escritor.

—No le ha salido la cuenta entonces—dijo Alba,—pues ni la presencia de Fanny, que llegó en el momento de la discusión, ha detenido ésta. Tal vez el Príncipe había bebido más de lo razonable, como es de nuevo su costumbre. ¡Pero vea usted ya á la pobre niña iniciada en ese abominable comercio de su porvenir y de su dicha! ¡Y si además ha leído el libro! ¡No! ¡es demasiado horrible!

—¡Qué escena de familia!—exclamó Dorsenne.—Y en fin, ¿se ha deshecho el matrimonio?

—Oficialmente, no. Fanny está en cama, enferma por la emoción. Ardea ha venido esta mañana á ver á mi madre, quien ha visto también á Hafner. Les ha puesto de acuerdo, demostrándoles lo que ella cree verdad: que ellos tienen un igual interés en evi-

tar todo escándalo y arreglar las cosas. Pero queda Fanny. Mamá quería que yo fuese esta tarde á suplicarla cambiase su resolución, pues ella ha declarado á su padre que no quería oír hablar más del Príncipe. Yo he rehusado. Mamá insiste. ¿No tengo razón?

—¿Quién sabe?—respondió Julián.—¿Cuál va á ser su vida junto á su padre, ahora que ya no tendrá ilusiones de lo que él es!

No tuvo tiempo de decir más. Su animada conversación había llamado la atención de la Condesa. Temió que su hija contase prematuramente al joven la ruptura inminente, pero aún no definitiva, del matrimonio. Aproximóse á ellos, seguida de Maitland, que tenía en una mano una copa llena de licor y en la otra un cigarro, é interpeló á Julián, con su voz sonora:

—Comienzo á creer, Dorsenne, que mi viejo amigo está en lo cierto al pensar que usted toma notas acerca de mi hija, para su próxima novela.

—No es deseo lo que me falta—respondió el escritor, con el mismo tono de broma,—pero la Condesita es demasiado complicada, demasiado difícil. Preciso es el pincel del Vince para pintar una Joconda. Y se volvió hacia Lincoln Maitland, al que halagó deliciosamente el cumplido.

Después de reír fuertemente, respondió el artista americano, dirigiéndose á su querida:

—A él es á quien yo querría pintar y no hoy. Estaría interesante en un fondo aceitinado, casi verde. Pero nunca ha querido... Debía usted obligarle á que viniera á Pieve con nosotros.

—¡Qué buena idea!—exclamó la Condesa.—¿Acep-



ta usted, Dorsenne?—y miraba á Julián con sus hermosos ojos azules, iluminados por el deeseo de complacer el capricho de su amante, expresado de una manera tan poco ceremoniosa.—Partimos dentro de ocho días, si Dios quiere. Le ofrezco á usted un pabellón, donde estará usted solo para escribir, con una biblioteca inmensa, la de mi abuelo, el amigo de Sir Stendhal y de lord Byron. Tenemos la brisa del Adriático por mañana y tarde, y nunca hace mucho calor. Lincoln me ha prometido permanecer allí hasta fines de Julio. Entonces iremos á tomar baños á Venecia. Usted verá lo que es nuestra vida de campo en Véneto.

—El pintor es asombroso—se decía Dorsenne una hora más tarde, volviendo á pie por la calle del Veinte de Septiembre, bajo la más dulce y clara de las lunas de aquel cielo de Roma.—Ahora hace invitaciones para el campo. Un poco más, y se pondrá frente á la Condesa en la mesa. He aquí una linda perspectiva de verano para mi pobre amiguita. Y es claro que la madre tiene deseos de que yo vaya. ¿Es que pensará que soy un marido posible? Vamos. Vamos. Es tiempo de imitar á los diez mil griegos y retirarse, pero no antes de saber el resultado de la conferencia de las dos desdichadas jóvenes. ¡Qué miradas y qué palabras cambiarán! Será un diálogo patético, digno de ser apuntado. Pero para estas conversaciones no hay nunca testigos. Es preciso imaginarlas. Por esto el arte es siempre inferior á la vida.

Aquella escena conmovedora se efectuó, en efecto, al día siguiente y no transcurridas aún veinticuatro horas después que el novelista se había expresado así

el disgusto de no asistir á ella. Solamente que se equivocaba sobre la forma del diálogo, de un modo que probaba una vez más que la sutileza de la inteligencia no adivinará jamás la sencillez del corazón. Las tragedias morales más dolorosas se anudan y se desenlazan en silencio las más de las veces.

Por la tarde, á eso de las seis, un criado anunció la visita de la señorita Hafner á Alba, ocupada en aquel momento en leer por décima vez la "Egloga mundana," aquella tierna novela del árido Dorsenne.

Cuando Fanny entró en la habitación, Alba pudo notar qué prueba acababa de atravesar su amiga, la semana anterior tan entusiasmada, y la rápida alteración de su expresivo y noble rostro. Cogióla la mano sin hablarla, como si hubiese ignorado en absoluto la causa real de la indisposición de su amiga.

—¡Qué contenta estoy de verte!—dijo.—¿Estás mejor?

—No he estado enferma—respondió Fanny, que no sabía mentir.—Y mirando á Alba como para suplicarla que no la pidiera explicaciones, añadió:—Vengo á despedirme de ti.

—¿Te vas?—preguntó la Condesita.

—Sí—dijo Fanny.—Voy á pasar el verano en nuestra tierra, en Stiria.—Y en voz baja añadió:—¿Te ha dicho tu madre que mi concertado matrimonio con Ardea, se ha roto?

—Sí—respondió Alba; y las dos callaron de nuevo. La primera que habló fué Fanny.

—Y tú ¿qué haces este verano?—preguntó.

—Vamos á Piove, como siempre—respondió Alba.

—Tal vez irá Dorsenne y seguramente Maitland.



Hubo un nuevo silencio. Se miraron, y sin pronunciar palabra, leyeron distintamente en sus respectivos corazones. El martirio que ambas sufrían era tan parecido, que sintieron en el mismo instante una misma compasión. Obligadas á condenar, la una á su padre, la otra á su madre, cada una tuvo un movimiento de todo su ser hacia su amiga, tan desgraciada como ella. Y abrazándose, rompieron en sollozos.



## V.

## EL LAGO DE PORTO

Mientras Alba tuvo entre sus brazos á su amiga, palpitante de dolor y de lástima, las lágrimas de ésta hicieron bien á su triste corazón; mas cuando Fanny partió y la señorita Steno se encontró sola frente á frente á su pensamiento, acometiolo una tristeza más profunda. La compasión que había mostrado su compañera en el dolor, ¿no era una prueba más de que tenía razón al no creer en su madre? Ni sus propias observaciones sobre la manera de ser de la Condesa, ni la denuncia del anónimo, ni el duelo de Boleslas, ni la carta de Maud, ni aquella partida demasiado significativa, habían podido llevar á su espíritu la certeza absoluta. ¡Entre la evidencia total y la sospecha de las hipótesis más inverosímiles hay tantos grados! Alba había pasado por todos, y cada incidente nuevo había hecho nacer en ella una nueva sospecha. Lo que acababa de ver al través de las lágrimas de Fanny, acrecentaba la opresión que aquélla le producía. ¿Qué